

## **COVID 19 - NUESTRA EXPERIENCIA**

En la República Democrática del Congo, el Covid entró bastante lenta y débilmente. A partir de marzo se cerraron las fronteras y se pusieron en marcha medidas de contención para responder a una posible propagación del virus, especialmente en Kinshasa, que fue el epicentro de la aparición de casos de coronavirus debido a numerosas personas que viajaban desde y hacia la capital.

Por lo tanto, Kinshasa quedó confinada y solo se permitió el transporte de alimentos y artículos de primera necesidad, bajo un estricto control policial a lo largo de las carreteras. Todos los demás desplazamientos fueron suspendidos.

Lamentablemente la corrupción se mezcló con las medidas que había tomado el Gobierno, y los innumerables hostigamientos a los civiles a través de falsos controles, extorsión de dinero y falsas declaraciones de contaminación, fueron un factor de dispersión y lentitud en el modo de abordar el problema a nivel nacional.

La Iglesia, como siempre, ha invertido mucho en la prevención, con discernimiento y meticulosidad, pero no le corresponde asumir una acción que es prerrogativa del Estado. Y el estado, lamentablemente, no parece tener un verdadero plan para lograr la solución.

Aunque en el aeropuerto internacional se habían tomado en serio las medidas preventivas desde el inicio de la pandemia, a partir de la experiencia de la epidemia de Ébola en 1997 - y que continúa en la actualidad-, podemos decir que, en general, los congoleños no tuvieron la facilidad y la rapidez para comprender el alcance del peligro y las verdaderas proporciones de la tragedia que azotó al resto del mundo. ¡Hay muchos que todavía creen que esto es un invento!

Al principio, las hermanas italianas en particular y el resto de hermanas mayores de nuestra Comunidad, comprendieron y vivieron el drama de la pandemia tomando conciencia e involucrándose en el problema, mientras que las hermanas jóvenes necesitaron más tiempo para darse cuenta de que el peligro estaba afectando también al continente africano, al menos indirectamente, es decir en el plano económico, de la seguridad, la cultura, más allá del aumento de contagios y muertes.

Desde el inicio del confinamiento, en el monasterio no tuvimos que guardar todas las medidas de protección -obligatorias en otros lugares- como el uso de cascarillas, el distanciamiento social o el cierre de la pequeña tienda,... Ciertamente cerramos la hospedería y cancelamos las sesiones de Estudio Teológico Intercongregacional y de las jóvenes postulantes y seguimos las prescripciones higiénicas básicas y en la misa dominical admitimos a un número muy reducido de fieles, pero en general no hemos tenido que hacer grandes sacrificios en nuestras actividades cotidianas: liturgia, relaciones interpersonales.

Todos los días, al final de la Misa, la Comunidad recita la oración a San Miguel Arcángel para implorar el fin de la pandemia.

Casi todas las hermanas comprendieron que la reacción más adecuada y espontánea frente a la tragedia era intensificar la oración personal y comunitaria, silenciosa o explícita, solidaria y de intercesión.

A un nivel más profundo, la Comunidad experimentó una llamada urgente a la conversión y a la autenticidad de nuestra vida monástica. Se impuso un compromiso tácito de compasión y caridad mutua ante el simple hecho de que un gran número de hermanos y hermanas sufrían la soledad, la separación, la muerte sin el consuelo de los sacramentos o de tener que celebrar un entierro apresurado y anónimo.

Las dos oraciones del Papa Francisco que cada hermana recitó durante el mes de mayo, abrieron más los ojos y los corazones a todos los dramas que el mundo vivía en ese momento. Drama ante la impotencia, la creciente mortalidad del personal médico y de enfermería, la necesidad de invertir en investigación más que en armas y guerras,...: un tema suficientemente concreto para ser objeto de nuestras oraciones y súplicas.

Una hermana reconoce que a causa de esta grave situación mundial, su obra personal de victoria sobre la pretensión ha dado como fruto una mayor libertad y un sentido más agudo de evangelización de nuestros trabajadores, de los que ella se encarga, enseñándoles a orar cada mañana, antes de comenzar el trabajo.

Otra hermana descubrió en sí misma una gratitud al Señor más auténtica y responsable: sentía con fuerza en su corazón la pregunta: "Señor, ¿dónde estás? ¿Cómo reconocerte en este acontecimiento?". Y también un deber urgente de responder a la llamada de dar testimonio dirigida sobre todo a los religiosos.

Otra Hermana estaba impresionada por el modo terriblemente triste con que las personas morían. Era algo nunca oído y por eso se sentía más interpelada a hacer memoria de Dios en nombre de un mundo que olvida al Creador, sus leyes y mandamientos.

Otra Hermana ha reflexionado sobre la coincidencia de la expansión de la epidemia, con todas las consecuencias del confinamiento y paralización de la vida social en casi todos los países del mundo, con el tiempo de Cuaresma, como si la realidad hubiera impuesto a toda la humanidad un tiempo de silencio y sacrificio, de interioridad y redescubrimiento de los lazos familiares.

Otras más han confesado que, el hecho de tener la Eucaristía cotidiana, les hacía tomar conciencia de poseer un privilegio único y por ello, portador de responsabilidad.

Cada una, por tanto, ha recibido una palabra y una tarea.

La Comunidad perdió un amigo por el Covid. Un amigo muy querido, un misionero muy popular y amado en el Congo, y el pensamiento de la muerte, de nuestra propia muerte también, ha comenzado a hacerse presente en nosotras...

A nivel comunitario tomamos la decisión de mantener a nuestros obreros durante todo el tiempo del confinamiento, mientras que muchas empresas los despedían. Pudimos hacerlo gracias a que en Kikwit esto no representaba un peligro. Sin embargo, la decisión de arriesgarnos y continuar pagándoles, a pesar de nuestras dificultades económicas, vino ante todo de una gran solidaridad con tantas familias que habrían tenido grandes dificultades para sobrevivir sin este salario que, aunque muy escaso, les llega para alimentar un poco a sus hijos y a todos los que viven en casa.

La fila cotidiana de pobres que buscan algo en el monasterio es siempre grande y cada vez más grande, pero tenemos otra preocupación que nos duele.

Con el confinamiento, se cerraron todas las escuelas, tanto aquí como por todas partes, pero los niños y jóvenes se quedaron en casa sin hacer nada. Sin ninguna ocupación, a excepción del pesado trabajo de traer

el agua de la fuente y pequeños servicios domésticos. Hemos constatado que esto ha provocado un aumento de la violencia e nuestro pueblo.

Evidentemente, el cuidado de nuestra economía de cara al futuro no está excluido del horizonte de nuestros días y de nuestros pensamientos. No tenemos recursos y en este tiempo no es posible ninguna actividad comercial.

La pobreza del país se ha agravado mucho durante el confinamiento. Hay mucho menos dinero en circulación, y por lo tanto menos posibilidades de dar salida a nuestros productos. Junto a esto, suponemos que habrá una disminución de las ayudas del extranjero que nos han permitido vivir hasta ahora, al menos en parte. Pero en todo esto, nuestra confianza en la Providencia permanece firme y serena ¡porque nuestra vida en el Congo ya es un milagro! El milagro de una presencia monástica laboriosa, pero que no dispone de una fuente de ingresos segura desde sus inicios, y a pesar de todo nunca ha faltado lo suficiente para vivir. La consciencia de esta precariedad es lúcida y clara, pero nuestra fe es aún más grande y pedimos cada día al Señor que nos haga capaces de perseverar en la confianza.